

Manolita Piña de Torres García.

Compañera inseparable de Joaquín Torres García, Manolita Piña no cejó en su empeño de crear un museo que contuviera el legado del Maestro. Cumplió su objetivo cuando inauguró el Museo Torres García a los 106 años de edad.



El 22 de febrero de 1883 nace en Barcelona Manolita Piña Rubiés de Berenguer. Su padre, Jaime Piña, se dedicaba a los negocios. Tras hacer fortuna en Cuba, regresa a Barcelona donde se casa con Mercedes Rubiés.

Su madre pertenecía a una familia acomodada de la alta burguesía española. Manolita recibe una enseñanza muy esmerada, impregnada de los valores tradicionales. La ejemplificación más clara de esto es la temprana afición que se despierta en ella por la música y que conservará durante toda su vida. Hasta avanzada edad tocará el piano.

En 1905 conoce a Torres García, cuando éste va a su casa a impartirle lecciones de pintura (en un principio) a su hermana Carolina, a la que luego ella misma se adhiere. Se casa con Torres García el 20 de agosto de 1909 y en 1911 nace su primera hija, Olimpia.

Durante 1912 viaja a Francia y Roma y vuelve a Barcelona, donde nace su segundo hijo Augusto. En 1914 se radica junto a su esposo en Tarrasa en la villa de Mon Repos, donde en 1915 nace su hija Ifigenia y viven allí hasta 1919. Durante 1920 viaja con su familia desde España a Bruselas y París, y el 20 de julio del mismo año parte para Nueva York. Regresando a vivir a Génova y luego Fiesole en agosto de 1922. En Livorno, en 1924 nace su último hijo Horacio. Luego se traslada a Villefrance sur-Mer (sur de Francia). En 1926 se radica junto a Torres García en París hasta 1932 año en que se traslada a Madrid. En abril de 1934 viaja a Montevideo en donde vivirá hasta el fin de sus días.

Establecida ya en Uruguay apoyará siempre a su marido en todas las actividades que éste desempeñe: conferencias, exposiciones, y, fundamentalmente, en la idea de formar un Escuela de Arte Constructivista.

Posteriormente, al fallecimiento de Joaquín Torres García, Manolita concibe la idea de crear un Museo que conserve y difunda la obra de Torres. Gracias a la constancia de esta

intención y a la ayuda de los hijos, sus aspiraciones se concretarán en la fundación de un Museo Torres García , que ocupará diferentes locales sucesivamente. La actual sede del Museo fue inaugurada por la propia Manolita en 1990, con la donación de la obra pictórica, así como el archivo del Museo. Manolita falleció el 11 de junio de 1994, en su casa de Punta Gorda.

La razón de vivir.

María Esther Gilio

En la calle de casas bajas, con jardín, fue fácil encontrar la de Manolita Piña, viuda de Joaquín Torres García. Fue fácil, por la fuente con nenúfares, por los bancos de piedra y mármol, y por los deliberados arbustos criollos. Salvajes y a un tiempo controlados. Eran las 11 de la mañana de un 24 de Diciembre y dentro de las casas, de ventanas abiertas, se veían arbolitos de nuestra Navidad soleada. Manolita sonriente esperaba de pie, a la puerta del escritorio. Llevaba un vestido gris claro, prendido por el cuello con un broche de plata y caravanas largas, muy españolas, en las orejas.

Era 1984, dentro de un mes cumpliría 102 años. Nos sentamos y comenzó una entrevista que se diferenció de otras en una sola cosa: el tiempo.

Cuando usted conoció a Torres dibujaba. ¿Por qué dejó de pintar?

- La mujer de un pintor no debe pintar . Así me lo dijo un día un gran pintor que había en España.

- ¿Le explicó por qué?

- Si. El dijo: Porque si lo hace mejor, será en detrimento del marido. Y si lo hace peor se avergonzará .

- En una palabra, tiene que sacrificarse para no molestar al marido.

- Yo pienso que uno debe dedicarse a la pintura o a otro arte cualquiera si esa es la razón de vivir.

- Y para usted no era. ¿Cuál era para usted la razón de vivir?

- Vivir , dijo Manolita mirando hacia la ventana por donde entraba el sol del mediodía.

Fragmento de una de las últimas entrevistas
concedidas por Manolita, Brecha, 17 de junio de 1994.

Semblanza de Manolita Piña de Torres

Gabriel Peluffo

Conocí a Manolita en 1972, cuando fui a entrevistarla para el semanario Marcha, con motivo de una exposición de artistas surrealistas que realizaba el Museo Nacional. Tenía entonces ochenta y nueve años, pero recuerdo que me impresionó su lucidez y su memoria espontánea, evocando de modo familiar a todos aquellos artistas de las vanguardias europeas que habían pasado por su casa. Torres no había sido un artista afecto a la bohemia de café, pero su casa siempre fue un lugar de encuentro de intelectuales. En todo momento Manolita jugó sin duda un papel fundamental al lado suyo, alentando y respaldando esa vida marcada por decisiones radicales. Su carisma y su fortaleza personal -que no le iban en saga a las del artista fue lo que permitió una aventura familiar centrada en la apuesta apostólica por el arte. Después de la muerte del maestro, Manolita asumió en cierto sentido la responsabilidad de afincar el legado de aquella obra en el ambiente cultural nacional. Seguramente constituyó uno de los factores decisivos para concretar la iniciativa de un Museo Torres García en Uruguay, y puso a disposición de él obras que ella había ido eligiendo y reservándose a lo largo de la vida.

Hablar con Manolita tenía una especial fascinación, porque a los cien años había sido testigo a veces directo- de los más importantes sucesos del siglo. Lo fascinante consistía en que sus preocupaciones culturales y políticas actuales por lo menos hasta fines de los 80 se mantenía muy informada- convivían con recuerdos tremendamente lejanos. Así, a la vez que podía estar opinando sobre lo nefasto de la campaña de Napoleón en España ella nació solo sesenta años después de que el emperador muriera-, o sobre el peligro actual de los arsenales nucleares, se daba el lujo de recordar que le había parecido muy alentadora la noticia de la Revolución de Octubre. Su memoria abarcaba tanto tiempo que convertía la historia en un acontecimiento plano, donde todos los hechos vividos parecían tener la misma posibilidad de ser evocados (la tan mentada mirada retrospectiva posmoderna tiene algo de esa memoria plana, propia de la vejez activa, y me divierte suponer que se trate de una mirada senil, con la que el siglo se recuerda a sí mismo).

Para resumir el humor de Manolita, hay una anécdota que si no fuera verdadera sería por lo menos, verosímil: cuando este año, en el día de su cumpleaños, su hija Olimpia le recordó que estaba celebrando ciento once años de vida ella contestó: como siempre, hija, eres una exagerada.

Publicado en Brecha, La segunda muerte de Joaquín Torres García, 17 de junio de 1994.

